

El símbolo del agua en la iniciación cristiana

Juan María Mena Hernández

0. INTRODUCCIÓN

El objeto del presente estudio es incidir en la dimensión simbólica de la liturgia concretada en un sacramento (el bautismo) y un símbolo central que es el agua. La liturgia se compone de palabras, signos, símbolos; es comunicación con Dios y comunicación con el ser humano; una comunicación con Dios que está siempre mediada e informada por el ser humano.

Al mismo tiempo la liturgia es comunicación de la vida divina, de la vida de gracia y encuentra un referente o vector fundamental precisamente en la iniciación cristiana, marco adecuado de la comprensión del bautismo. El itinerario iniciático se conforma también como conjunto de símbolos y signos intrínsecamente ligados en la unidad de un proceso personal y comunitario.

Tomamos en consideración especial el símbolo del agua bautismal y mostramos sus riquezas significativas y su relación con el don propio del sacramento, la configuración con Cristo Hijo de Dios por la incorporación a su muerte y resurrección.

1. EL SÍMBOLO, CATEGORÍA CENTRAL DE LA VIDA RELIGIOSA¹ Y LITÚRGICA

La transformación de la forma de orar era una señal de la transformación de la forma de creer que supuso el Vaticano II para la Iglesia Católica. De todos los cambios que se produjeron a la luz del concilio, el de la liturgia fue el más inmediato y el más visible. Si bien se han dado grandes progresos, no siempre se ha producido una liturgia verdaderamente comunitaria, viva y participada, ni se ha dado esa transformación de la vida cristiana en su conjunto que cabía esperar de esa reforma.

Existen causas de índole sociocultural de la crisis de la liturgia: los problemas derivados de los cambios en la forma de vida, las diferentes formas de organización del tiempo que suponen la civilización del bienestar y del ocio, los cambios de mentalidad de la civilización científico-técnica, un fuerte sentido de lo pragmático y el consumismo, la consiguiente crisis de sentido, etc. Además del peso de la secularización y la extensión de la increencia.

La renovación exige prestar atención a las circunstancias socioculturales y recrear las bases humanas de la vida del *homo liturgicus* y de la sacramentalidad cristiana. Se trata de tener en cuenta que lo simbólico y ritual son dimensiones esenciales de la existencia humana.

El símbolo es un caso peculiar del conocimiento humano indirecto. En el símbolo el significante tiene un vínculo natural con el significado, más allá de la mera arbitrariedad o de la simple convención. Lo significado no puede ser conocido previamente ni independientemente del proceso simbólico. Lo simbolizado se epifaniza en el simbolizante como en el rostro la persona, con una inmediatez mediada que hace posible esa “intuición por medio de un signo” que caracteriza el reconocimiento de lo simbolizado en la mediación del símbolo.

El símbolo posee una densidad de significación, una polivalencia que apela a capas profundas y afectivas de la persona. El símbolo es lugar de encuentro y convivencia de dos mundos: lo visible y lo invisible.

Al principio era el símbolo²; el cosmos entero velaba y desvelaba la presencia del Creador. En el símbolo se cifra la síntesis de lo más acendradamente

1 Cfr. MARDONES, L., *La vida del símbolo*, Ed. ST, Santander, 2003, pp. 55-109 y 165-265; Vid.

2 Cfr. MARTÍN VELASCO, J., *La liturgia en el mundo de hoy*. Cuadernos Phase, nº 51.

humano: la demanda del sentido escondido de cada realidad creada y la apertura a la Trascendencia. La religión es experiencia de encuentro simbólico³. Sin símbolos no existe religión. El símbolo religioso es una forma de experiencia de la realidad por la cual se ven los objetos a modo de hierofanía, se contempla en registros distintos el sentido profundo que recorre la realidad, “la secreta escritura de Dios dispersa en las imágenes del mundo” (O. Orozco).

Los símbolos están llenos de una plenitud significativa que supera en profundidad al pensar conceptual, pues son el lenguaje de la trascendencia. Se dirigen a la totalidad de la vida psíquica, apelan a un conocimiento existencial, racional y supraracional. El símbolo ilumina el sentido, abre a la reflexión y advierte la unidad profunda que recorre toda la realidad. Son autoimplicativos en la medida en que nos sitúan en un universo de sentido y de valores que captan los afectos e inclinan las opciones.

A diferencia del concepto, el símbolo no es unívoco sino análogo y apunta más allá de sí mismo, envuelve en misterio los diversos significados, es expansivo. El mundo mental de las SSEE está más cerca del pensamiento simbólico que del conceptual. Sólo la confrontación con la cultura griega abrió el camino de la reflexión conceptual, sin agotar el manantial simbólico. El símbolo alude a una racionalidad distinta de la lógico-empírica, a una razón sintiente e intuitiva. Es la condensación de un discurso infinito o el origen de una exégesis sin fin (Ricoeur). Como formula sintéticamente Ricoeur “el símbolo da que pensar”.

El símbolo aparece como una realidad omnipresente en el mundo del hombre, desde la relación interpersonal hasta el arte y toda la cultura. La cultura misma es un universo simbólico que expresa lo humano en unas coordenadas espaciotemporales concretas. Los símbolos remiten al hombre como ser simbólico, al hombre como símbolo originario.

La raíz de esa posibilidad de lo natural de hacerse ventana hacia lo invisible está en la condición humana, síntesis de interioridad y exterioridad, de objetividad y subjetividad, de finitud e infinitud. Lo natural sólo se convierte en simbólico en la medida en que entran en juego la interioridad y la profundidad del hombre. El símbolo no es un elemento más del mundo humano sino la clave para captarlo y vivirlo.

³ “La tierra era una soledad caótica y las tinieblas cubrían los abismos... Dijo Dios: ‘Haya luz’, y hubo luz” (Gn 1, 2-3).

Todas las mediaciones religiosas tienen en común poseer una estructura simbólica. El hombre religioso sólo puede vivir poniendo en movimiento su capacidad simbolizadora. La peculiaridad del símbolo religioso es que acontece en el ámbito de lo sagrado, de las hierofanías, que son condensaciones simbólicas de lo sagrado. Símbolos religiosos pueden ser objetos del mundo, acciones de la vida como el nacer y morir, relatos, palabras, mitos, relaciones personales como la filiación, etc.

¿Por qué en definitiva la liturgia? Porque el hombre es un ser simbólico o sacramental y la religión sólo puede ser vivida simbólicamente, sacramentalmente. La liturgia es parte integrante de la vida cristiana, porque el cristianismo es una forma de religión y no es posible la religión sin liturgia.

La originalidad cristiana es Jesucristo, hierofanía personal, sacramento original, raíz y fuente de la sacramentalidad cristiana. Creer en Jesucristo se concreta en seguirlo. Lo propio de la sacramentalidad cristiana consiste en haber superado el planteamiento alternativo de la liturgia, culto y ritos frente a vida, ética y compromiso.

Vivimos en una época iconoclasta, en una cultura que a pesar de la presencia masiva de imágenes, deja escaso lugar a los símbolos; lo que influye inevitablemente sobre la crisis de lo sacramental cristiano. La liturgia necesita renovarse permanentemente e iniciar el camino de una auténtica inculturación. La liturgia actual pertenece a una cultura que ya no es la nuestra. No responde siempre al modelo de Iglesia pueblo de Dios, a la pluralidad de ministerios, sino a una masa de fieles que asiste a unos actos en los que sólo el presidente es protagonista.

Además la liturgia sigue empleando un lenguaje que opone cuerpo al alma, esta vida a la otra, los bienes del mundo a los celestiales, una oración de petición con un falso sentido de la Providencia, una teología sacrificial superada...

La condición fundamental para la superación de la crisis sacramental sea la recuperación de la dimensión simbólica de la persona, viviendo de una manera más humanizante, favoreciendo el recogimiento, la gratuidad, la expresión corporal, el sentimiento, lo imaginativo.

Con todo, no será posible si no se favorece el cultivo de la experiencia religiosa auténtica, reconstruyendo la comunidad celebrante desde la corresponsabilidad, la participación y la comunión. El nº 7 de la SC nos da la clave teológica de la definición de la liturgia como ejercicio de la función sacerdotal de

Jesucristo en la que por medio de signos sensibles se significa y realiza la santificación del hombre y la Iglesia ejerce el culto público. Así toda celebración litúrgica es obra de Cristo sacerdote y de su cuerpo, que es la Iglesia. De modo que lo simbólico-antropológico tiene un claro contenido y orientación crística, hacia Cristo, sacramento del Padre.

Como declara el Catecismo de la Iglesia Católica: “es el misterio de Cristo lo que la Iglesia anuncia y celebra en su liturgia a fin de que los fieles vivan de él y den testimonio de él en el mundo” (nº 1.068). El Catecismo interpreta la liturgia como celebración del misterio cristiano. La liturgia es misterio celebrado para la vida; celebración del misterio para la vida y vida celebrada en el misterio. Aunque la liturgia es acción simbólica no puede ser reducida a la categoría de símbolo. El misterio de Cristo trasciende esta categoría.

La liturgia se celebra mediante un código simbólico –rito– pero con un significado que no proviene de la capacidad referencial de su estructura significativa previa, sino del fundamento y origen Cristo-eclesiológico. Sin perder su carácter simbólico el rito eclesial es primordialmente acción sacramental.

Si nos referimos al bautismo, conviene insertarlo en su marco, el de la iniciación cristiana, que hoy nos plantea tantos interrogantes y problemas. El itinerario iniciático se conforma también como conjunto de símbolos y signos intrínsecamente ligados en la unidad de un proceso personal y comunitario. El bautismo es el momento central de esta iniciación, por lo menos en lo referido al proceso de adultos.

2. LA INICIACIÓN CRISTIANA

El RICA establece el modelo y el paradigma de la iniciación cristiana en la iniciación de los adultos “que al oír el anuncio del misterio de Cristo, y bajo la acción del Espíritu Santo en sus corazones, consciente y libremente buscan al Dios vivo y emprenden el camino de la fe y de la conversión. Por medio de este Ritual se les provee de la ayuda espiritual para su preparación y para la recepción fructuosa de los sacramentos en el momento oportuno” (nº 1).

Como reconoce el nº 4 del RICA la iniciación cristiana es un proceso gradual y comunitario, por el que toda la comunidad, considera y revive el misterio pascual y su propia conversión, invitando con su ejemplo a los catecúmenos a

seguir al Espíritu Santo. El no bautizado tiene que pasar por varios tiempos: el precathecumenado, caracterizado por la primera evangelización; el catecumenado, destinado a la catequesis integral; el de purificación e iluminación para proporcionar una preparación espiritual más intensa; y el de la mistagogia, señalado por la nueva experiencia de los sacramentos y de la comunidad.

Los sacramentos de la iniciación “son el último grado o etapa en el que los elegidos, perdonados sus pecados, se agregan al pueblo de Dios, reciben la adopción de los hijos de Dios, y son conducidos por el Espíritu Santo a la plenitud prometida de antiguo, y sobre todo a pregustar el reino de Dios por el sacrificio y por el banquete eucarístico” (nº 27).

Centramos nuestro trabajo en el rito del agua, que se inicia con la bendición del agua y llega a su culminación en la ablución con el agua y la invocación de la Santísima Trinidad; “por la bendición del agua se invoca por vez primera a la Santísima Trinidad, se recuerda el designio salvífico del misterio pascual y la razón de elegir el agua para significar sacramentalmente el misterio. Así el agua recibe su valor de signo de fe por el que se proclama ante todos la realización del misterio de Dios” (nº 29).

En este último número del RICA tenemos claros elementos alusivos a la simbólica del agua bautismal. El agua, inserta en la economía trinitaria de la creación y la salvación, simboliza el misterio pascual y se convierte en signo de fe que anticipa la celebración ritual de este misterio. El agua bendecida, como la bendición misma es anámnesis del misterio pascual, del nuevo nacimiento del agua y del Espíritu, es signo elocuente antes de ser símbolo en acción; antes de ser sacramento es signo sacramental alusivo al misterio salvífico y a la historia de salvación que sintetiza la plegaria de bendición.

El RICA valora adecuadamente el hecho de que los bautizados se acerquen de modo activo y operante, por su propia voluntad al agua bautismal, significando de este modo su alianza con Cristo. El baptisterio o lugar de la pila bautismal adquiere de este modo el carácter de lugar sagrado al que se entra por propio pie, como signo de la disposición y voluntad de sellar con Cristo la alianza pascual por el agua y el Espíritu.

Después de confesar a la Trinidad, “la misma Trinidad, invocada por el celebrante, actúa admitiendo entre los hijos de adopción a sus elegidos y agregán-

dolos a su pueblo” (nº 31). Vemos como el RICA acentúa la dimensión trinitaria, al entender los sacramentos como acción conjunta de las divinas personas.

El baño del agua significa “la mística participación en la muerte y resurrección de Cristo”. Se permite elegir entre el rito de la infusión y el de la inmersión, pero mostrando que tal baño no es simplemente un rito de purificación sino “sacramento de la unión con Cristo” (nº 32). Esta dimensión mística del rito del agua por la que significa y realiza la unión con Cristo es, por tanto, la clave desde la que se entienden las demás dimensiones del bautismo, incluida la purificación de los pecados. Para entrar de lleno en el símbolo bautismal hemos de sumergirnos –nunca mejor dicho– en la simbología del agua, de modo que esclarezcamos su fuerza expresiva en el plano humano, ligada –por una relación de conveniencia, contingente, cultural y cristo-elesiológica– a su virtud comunicativa de la vida divina. Procedamos a desarrollar algunas de las virtualidades de la inagotable riqueza simbólica del agua.

3. EL SÍMBOLO DEL AGUA BAUTISMAL

3.1. Carácter simbólico del agua⁴

El agua ha servido como símbolo de experiencias de encuentro, como expresión de la hondura del alma humana, símbolo de la trascendencia, con una riqueza antropológica de significados inagotable.

El agua remite al inconsciente, a lo oculto. Según Jung es una de las imágenes primordiales o arquetipos que interpretan el inconsciente colectivo, que emerge en la mitología, el folclore, la poesía, etc. Nuestra vida viene del agua. El agua evoca lo transitorio, es espejo y mirada, es la vida de la tierra, elemento purificador por excelencia.

4 La teoría del símbolo es compleja y controvertida. Se puede entender también por símbolo lo que apunta SARTORE, D.: “se habla generalmente de símbolo cuando se tiene un significante que no remite a un significado preciso, sino a otro significante; cuando la realidad simbolizada está en cierto modo presente, aunque no comunicada del todo; cuando la función simbólica se basa en la realidad misma del significante... arraiga en la naturaleza misma de las cosas y por eso mismo está abierta a perspectivas más profundas y universales” (*Diccionario Teológico Interdisciplinar*, Tomo IV, Verdad e Imagen, 1983).

No nos bañamos dos veces en el mismo río, decía Heráclito. El agua es el elemento transitorio. El ser humano tiene el destino fugaz del agua que corre. El agua anega, hunde y sepulta; el agua trae el vértigo de la muerte y el miedo a lo desconocido, la “otra orilla”. El agua contiene la paradoja de ser símbolo de vida y de muerte, de purificación y tránsito, de novedad y pureza. El agua expresa lo nuevo y lo viejo. El agua nunca pasa y siempre se renueva en un ciclo sin fin, que alude al tiempo y a la eternidad.

La historia de la creación de la mayor parte de las mitologías se refiere a las aguas primordiales que estaban por encima y debajo de la tierra, por ejemplo en la historia babilónica del *Enuma Elish*. El agua es la sangre de la tierra, su vida, su sustancia fundamental, la fuente de toda existencia. Representa la infinidad de lo posible.

Las aguas inmóviles, aguas muertas, evocan a los muertos, son aguas durmientes. El lago de aguas durmientes es el símbolo del sueño total. La inmersión en el agua simboliza la disolución de las formas, el retorno a la existencia informe. La emersión representa una especie de nueva creación, un nuevo nacimiento, la ascensión de una nueva forma de vida. Son las aguas primordiales, las aguas fecundas y maternas y al mismo tiempo las aguas del diluvio donde los vivos pueden perecer. El campesino implora el agua en la sequía y la maldice en el temporal; la misma agua puede ser bendición de la tierra y destrucción del sembrado; servir al hombre y volverse contra él fatalmente.

El agua límpida sugiere el sueño de la purificación. Nos sumergimos en el agua para renacer renovados. En los ritos de las religiones el agua simboliza la fuerza de la vida. En los ritos mágicos el agua causa la salud, produce la fecundidad sexual en la mujer. En los ritos funerarios, el agua asegura el renacer después de la muerte.

3.2. El agua en las Sagradas Escrituras⁵

El agua tiene en la Biblia, como en las culturas antiguas, un valor ambivalente: es el poder de la muerte y de la vida.

5 Cfr. GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey, *Iniciación cristiana y eucaristía*, Ed. San Pablo, Madrid, 1992, pgs. 132-136.

Aparece en ocasiones como elemento destructivo, portador de muerte, es agua de aflicción, agua emponzoñada. El mar es símbolo del mal, del que emerge el monstruo marino. El agua amarga y el diluvio son imagen de la ira de Dios. Moisés fue salvado del agua, pero en el agua del mar encontraron su muerte los perseguidores de Israel. En el acantilado del agua se precipitaron los cerdos de Gerasa, cuando huían de la presencia de Jesús.

Un río de agua mortal arrojó por su boca la serpiente apocalíptica para matar a la mujer y a su Hijo (Ap 12,15). En el futuro apocalíptico estará ausente el elemento destructor, el agua-mar (Ap 2-21 indica que el mar ya no existirá).

En no pocas ocasiones la Biblia pone de relieve la importancia del agua en la vida de los pueblos. Se lucha por ella. Junto al brocal del pozo se producen encuentros que crean lazos, encuentros esenciales. Como lugares sagrados los puntos de agua desempeñan un papel incomparable.

La falta de agua significaba la muerte, la amenaza vital. No había agua en la cisterna a la que fue arrojado José o Jeremías. Tres días tardó el pueblo en encontrar agua en el desierto, pero el agua que halló en Mará era amarga; en Rafidín no había agua para que el pueblo bebiera. El pueblo acude a cisternas que no retienen el agua y abandona la fuente de agua viva (Jer 2, 13-18).

Ofrecer agua fresca y purificadora es el gran símbolo de la hospitalidad: así hizo Abrahán con los tres ángeles, así se debe hacer con los discípulos de Jesús. Jesús le pidió agua a la mujer samaritana y en la última cena lavó los pies de sus discípulos. Dios quiere en el futuro escatológico purificar a su pueblo con un agua pura (Ez 16,9).

Dios manifiesta su providencia a favor del pueblo concediéndole agua, en Mará, en la roca del Horeb; Dios promete a su pueblo tierra con agua; por eso su pueblo es como un árbol plantado por Yavé junto a las aguas. El futuro escatológico que prometen los profetas en nombre de Dios está caracterizado por pan abundante y el agua no faltará, habrá torrentes en la tierra seca, las aguas se derramarán en la estepa (Is 35,6).

*En el Evangelio de Juan*⁶

En ningún otro texto bíblico como en Juan, el agua ocupa un lugar simbólico tan relevante y con fuertes resonancias bautismales. No es de extrañar, por tanto, que los diálogos con la samaritana, con Nicodemo y otros textos fueran desde el comienzo para la Iglesia referencias bautismales ineludibles.

El agua caracteriza el bautismo de Juan por oposición al del Mesías, que bautiza con Espíritu Santo (Jn 1,33). Según los datos del tiempo, el bautismo con agua, es decir, la inmersión, simboliza un cambio de situación, en particular la libertad para un esclavo o el cambio de religión para un prosélito. En todo caso, expresaba la ruptura con un pasado, que quedaba simbólicamente sepultado en el agua.

Los discípulos de Juan que no seguían su mensaje anunciador del Mesías, al no considerar el bautismo como una preparación que llevaría a la adhesión a Jesús (Jn 3,26), lo desvirtúan, asimilándolo a una purificación ritual (Jn 3,25).

El tema del agua aparece en la boda de Caná (Jn 2,1-11). Las tinajas de piedra, figura de la ley (tablas de piedra) destinadas a contener agua para la purificación, están vacías: la antigua ley no puede purificar. Dado que Juan caracteriza su misión como la del agua y la de Jesús como la del Espíritu, es significativo que al comienzo de su actividad convierta Jesús el agua en vino. Caracteriza así su obra como el paso de la alianza antigua a la nueva.

Al hacer llenar las tinajas de agua significa Jesús su voluntad de purificar (restablecer la relación con Dios), que no había conseguido la antigua institución; al convertir en vino solamente la muestra de agua que ofrecen al maestra-sala, explica que su purificación es independiente de la Ley de la antigua alianza (el agua ha sido sacada de las tinajas). La purificación no se hará desde fuera (agua que lava), sino desde el interior del hombre (vino que se bebe, el Espíritu). La purificación, asociada siempre a la idea de aflicción ritual (liturgia penitencial), pasa al campo de la alegría y de la fiesta dada por el vino del Espíritu en la nueva boda-alianza.

Aparte de la oposición entre las dos alianzas que establece en Caná, Juan, asumiendo el lenguaje de los profetas hace del agua el gran símbolo del Espíritu.

6 Cfr. *Ibidem*, pgs. 136-140.

La primera vez que se asocia agua y Espíritu es en 1,33: el que va a bautizar con Espíritu Santo; el verbo no tiene en este caso el significado de sumergir sino de empapar como la lluvia, según el doble significado del verbo griego. El Espíritu se compara a un agua que penetra en el interior del hombre y le da vida y fecundidad.

La infusión de vida por el agua-Espíritu se compara a un nuevo nacimiento que permite entrar en el reino de Dios. Es principio de vida definitiva en oposición a la carne que produce sólo una vida transitoria.

Ese agua-Espíritu sustituye a la Ley, como aparece en la escena de Caná y más tarde en el episodio de la samaritana, donde el manantial de Jesús (4,6.14) sustituye al pozo de Jacob, figura también de la Ley (4,12); es, por tanto, el guía interior de la conducta del hombre. El agua viva en oposición a la Ley apaga la sed del hombre. Es además un factor personalizante, por convertirse en un manantial interior que fecunda su ser (4,14): riega la tierra de cada uno, desarrollando en él sus propias capacidades. Así como en 3,5 se identifica con la que fluye del costado de Jesús, aquí se concibe como agua que se bebe y se convierte en principio interno de vida. La condición para recibir este agua es acoger a Jesús en su humanidad. Al agua que expresa amor y acogida responde Jesús con el agua del Espíritu-amor. Al contrario sucederá en la cruz, donde la petición del agua (19,28) responderá con el vinagre del odio. Se ejemplifican así las reacciones, positiva y negativa enunciadas en el prólogo.

El agua aparece también en 7,37-39, donde se identifica explícitamente con el Espíritu que, en este caso, brota de Jesús, nuevo templo, según el simbolismo propio de la fiesta de las Chozas (7,37). En los ríos de agua que manan de su entraña (7,38) hay una alusión a la roca del desierto que coincide con el agua del nuevo templo, según la síntesis efectuada en el judaísmo de todas las fuentes de agua que aparecen en el AT: pozos de los patriarcas, roca del desierto, nuevo templo, etc. Este simbolismo complejo se traslada al agua que brota del costado de Jesús en la cruz (19,34), momento de la manifestación de su gloria (7,39).

En la cena, Jesús lava los pies de sus discípulos con agua que él mismo vierte en el barreño (13,5). Pedro interpreta el lavado como una purificación ritual pero Jesús corrige la idea. Los discípulos están puros por haber aceptado su mensaje. La acción de Jesús es un servicio que expresa su amor hasta el extremo y que deja como ejemplo a los suyos. El lavado de los pies escenifica el mandamiento de Jesús que es el mensaje que purifica.

La única fuente de purificación es el amor de Jesús, expresado hasta el extremo en la cruz, su máximo servicio al hombre. Este, al aceptar ese amor, que es mensaje y mandamiento, es decir, al querer conformar su vida a la de Jesús en el servicio al hombre, recibe el Espíritu-amor que lo purifica. Respondiendo con su amor-servicio al impulso del Espíritu, se purifica incesantemente, pues las exigencias de Jesús comunican el Espíritu sin medida (3,34).

El agua significa en Caná que el Espíritu-amor purifica al hombre; en el lavado de los pies, que lo purifica el amor-servicio, respuesta al Espíritu y fuente de Espíritu (3,34), que expresa la adhesión de la comunidad al mensaje de Jesús expresado en su muerte.

En los diálogos con la samaritana y con Nicodemo encontramos puntos culminantes de esta “teología del símbolo-agua”. En la samaritana el tema central es el don del Espíritu simbolizado por el agua viva que Jesús ofrece, principio de vida nueva y fuente que sacia plenamente la sed de la samaritana y la hace exclamar: “dame de beber de esa agua”. A Nicodemo, Jesús le propone nacer de nuevo, del agua y del Espíritu, para ver el Reino de Dios.

Otro momento cumbre de la teología joannea es la Hora de Jesús. Tras su muerte, de su costado manaron “agua junto con la sangre” (Jn 19, 24), y el evangelista da suma importancia a este testimonio. Desde los orígenes de la Iglesia se interpretó simbólicamente este suceso. La Iglesia es la esposa, la nueva Eva que nace del costado del Esposo; y el agua y la sangre simbolizan los dos grandes sacramentos que la vivifican: bautismo y eucaristía.

Como vemos es inagotable la riqueza del simbolismo del agua en Juan, daría para muchos libros por los muchos episodios. Vemos cómo la riqueza simbólica del agua resulta potenciada y trascendida en los contenidos teológicos que proponen las Sagradas Escrituras. El agua es un símbolo pluridimensional y ha sido uno de los grandes símbolos de la historia de la salvación, desde la primera creación hasta la última recreación.

3.3 El agua bautismal en los padres⁷

En la *Epístola de Bernabé* se dice que en el bautismo “fuimos renovados por la remisión de los pecados, se nos concedió otra forma, una alma semejante

7 Cfr. SALAS, A., *El evangelio de Juan*, Ed Paulinas, pp. 49-53; MATEOS, J. y BARRETO, J., *El evangelio de Juan*, Cristiandad, pp. 222 ss.

a los niños recién nacidos, semejante al mismo que nos renovó... como si se nos hubiese creado de nuevo". Se le llama pues al bautismo la segunda creación, que perfecciona radicalmente la primera, que no puede tener como sujeto más que a Dios mismo que es el único que crea. La Epístola añade: "descendemos al agua llenos de pecados y suciedades, y salimos del agua fructificando en nuestros corazones el temor y la esperanza espiritual en Jesús".

En el bautismo se nos hace entrar en una tierra nueva, la tierra prometida; el que nos da acceso al altar de Dios y nos posibilita el lenguaje de la alabanza perfecta a Dios, lenguaje propio de los cristianos. Nunca se disocian bautismo y fe en estos documentos. El bautismo significa adherirse a Dios, fuente de vida, así como abandonar la vida de bautizado es cavar para sí una fosa de muerte. El Bautismo hace brotar agua viva incluso de las rocas secas o en medio del desierto. Dios es como un surtidor con capacidad infinita de agua.

Este documento patrístico sigue leyendo a los profetas al respecto del agua vivificante: "será como un árbol plantado a lo largo del curso de las aguas, y dará fruto en su estación, y sus hojas no caerán nunca, y todo lo que emprendiere, lo conducirá a buen término". Se indica: "presten atención al modo en que se describe simultáneamente el agua y la cruz; lo cual significa: dichosos los que habiendo puesto su esperanza en la cruz, han bajado al agua (bautismo)".

La tierra que habita el pueblo de Dios es fértil, porque está bañada por el agua que no se agota; y el bautizado es como el vaso que contiene el agua y el Espíritu de Dios con que ha sido bautizado. El cristiano tiene que dar frutos como árbol suyo.

El agua no sólo da vida sino que contiene seres vivientes (Ez 47, 1-10). El cristiano será consecuentemente comparado con el pez por *Teófilo de Antioquía*. La imagen del pez debe su éxito al acróstico formado por las letras griegas. El pez se convierte en símbolo esotérico de Cristo, también en la época del imperio. Tertuliano retoma esta imagen para los cristianos: los cristianos nacemos en el agua y sólo permaneciendo en ella somos salvados.

Otro tema asociado al agua es el ancla, también presente en las catacumbas. El pez y el ancla son símbolos funerarios y bautismales. Los primeros cristianos presentaban el bautismo como un nuevo nacimiento, un nacimiento espiritual (S. Agustín). El agua simboliza el útero materno que engendra a los hijos de Dios (S. Ireneo). *San Cirilo* dice que en un mismo bautismo se nace y se muere: el agua es al mismo tiempo su tumba y su madre. Los primeros siglos se

insiste más en el simbolismo de la vida; pero a partir del siglo IV reaparece con fuerza el de la muerte. S. Ambrosio hace construir un baptisterio octogonal para expresar que el bautismo es una tumba mística.

Según *El Pastor de Hermas*, “hasta que el hombre lleve el nombre de Hijo de Dios, está muerto; pero cuando recibe su sello, depona la mortalidad y reasume la vida; el sello a que se hace referencia es el agua; al agua descenden muertos y de ella ascienden vivos”.

San Justino explica el proceso de fe del bautizado hasta que es conducido “a un lugar donde haya agua; y los regeneramos en el mismo modo de regeneración con que nosotros fuimos regenerados: en el nombre del Padre de todos, y del Señor y Salvador Nuestro Jesucristo, y del Espíritu Santo reciben entonces el *lavacro* del agua”. Añade: “esta forma de actuar la hemos recibido de los Apóstoles. El bautismo produce la iluminación de la mente y el corazón. Pero no basta la iluminación; “es preciso también ser lavados y purificados en el nombre de Jesucristo crucificados bajo Poncio Pilato, y en el nombre del Espíritu Santo, el cual por medio de los Profetas, predijo todas las cosas que se refieren a Jesús”. Y “el que ha afirmado que cree y asiente a nuestra doctrina y ha sido lavado es conducido a aquellos que se llaman hermanos...”.

Según *san Clemente Alejandrino* el bautismo del Señor fue modelo del nuestro. Por él somos iluminados, adoptados como hijos, llegamos a la perfección y a la inmortalidad. Esta operación del bautismo se llama también don, iluminación, perfección, *lavacro*; esto último es debido a que somos lavados de nuestros pecados. El bautismo es vocación a la perfección y salvación porque es seguimiento de Cristo.

Orígenes señala que “Jordán” quiere decir “éxodo” (del pecado) y esa corriente de agua que viene con ímpetu desde lo alto es nuestro Salvador y Señor Jesucristo, en el cual hemos sido bautizados en el agua verdadera, en el agua de la salvación. En algo coinciden el bautismo de Juan y de Jesús: en que ambos son para remisión de los pecados. Al hablar del Éxodo, indica que los bautizados descendieron al agua y de ella salieron como hombres nuevos, atravesando el Mar Rojo fueron capacitados para cantar un cántico nuevo, el de la liberación.

Tertuliano escribe que no basta nacer como peces en el agua; hay que vivir luego en el espíritu de esas mismas aguas bautismales. Si para los hombres es motivo de alegría y orgullo el que los hijos se parezcan a sus padres, cuánto más lo será para Dios Padre si el que ha nacido del bautismo se comporta de tal

modo que por sus acciones, puede ser proclamada la generosidad divina (S. Cipriano).

Según *Hipólito de Roma*, al canto del gallo, se comenzaba haciendo las oraciones sobre el agua, sea agua corriente que brote de un surtidor o que caiga como cascada. Se bautizaban primero a los niños, después a los hombres y al final a las mujeres. Al bajar al agua el bautizado, se le pregunta tres veces por su fe y a cada respuesta se le sumerge en el agua.

San Agustín escribe al respecto del Espíritu que se cernía sobre las aguas al principio. Como motivo bautismal también encuentra el diluvio que sepultó los pecados, aunque los justos fueron salvados en el leño; así como la salida de Egipto, camino a través de las aguas que destruye a los enemigos. Uno y otro son prefiguraciones del santo bautismo.

Todo este recorrido muestra las distintas lecturas y expresiones histórico-litúrgicas que ha tenido el baño bautismal, desde sus mismas raíces antropológicas, bíblicas y patrísticas, de máxima importancia para nuestra reflexión. La decantación histórica de estas fuentes en la actualidad son los rituales del bautismo. Por ello, a continuación, consideramos algunos extremos sobre la significación del agua bautismal en los rituales actuales.

4. EL AGUA BAUTISMAL EN LOS RITUALES.

LA BENDICIÓN DEL AGUA BAUTISMAL⁸

La teología adopta una postura crítica respecto a la bendición del agua bautismal. Las reformas litúrgicas posteriores al Concilio tienden al desplazamiento semántico de la palabra *benedictio*, que ya no designa la bendición real del objeto “agua”, sino la *benedictio Dei*, la plegaria de bendición en cuanto alabanza de Dios sobre el agua.

La intención de la reforma es abreviar el rito, reduciendo mucho los gestos. El único que ha quedado es la inmersión del cirio pascual (y a título discrecional). Se da más importancia a los textos que a los gestos. Hay un proceso de descorporalización, de verbalización y espiritualización de la acción litúrgica de

8 LARRABE, J.L., *Bautismo y comunidad cristiana, catequesis bíblicas y patrísticas*. Pg. 47-85. Madrid. 1982.

bendición. El rito de la inmersión del cirio tenía unas connotaciones fálicas que aludían a la fecundación del agua, aunque la idea subyacente era más bien cernir e iluminar desde fuera, no tanto el simbolismo sexual. Para muchos, la modificación intenta evitar la errónea interpretación fálica.

Los antiguos textos de bendición se movían en el campo semántico de la fecundación: división del agua con la mano en forma de Cruz, apertura del seno materno, insuflación, la infusión y mezcla de los óleos... El nuevo rito es más breve y elaborado empleando materiales antiguos. Es una oración prolongada con aclamación final del pueblo, que hace anámnese de la función salvífica del agua en el Nuevo y Antiguo Testamento. Suplica a Dios que “abra la fuente del bautismo para que el agua reciba la gracia del Espíritu Santo”. La temática de la fecundación se sustituye por la de la resurrección: “que los que han sido sepultados con Cristo en su muerte resuciten con él para la vida” (Rm 6). Expresa la dimensión del agua bautismal como sepultura de la que hemos hablado.

La nueva bendición tiene una indudable cualidad poética y teológica, al recorrer los significados del agua desde la creación hasta el sacramento del bautismo. Nos habla de cómo el Espíritu “desde los orígenes del mundo, se cernía sobre las aguas para que ya desde entonces concibieran el poder de santificar”. Relata la escena bíblica del diluvio como destrucción del pecado y origen de la santidad; así como la liberación del Mar Rojo como imagen de la familia de los bautizados. Culmina concentrando la mirada en Cristo: bautizado en el agua del Jordán; él que colgado en la Cruz, vertió agua con la sangre y confió a sus Apóstoles la misión de bautizar, para que “el hombre, creado a tu imagen y limpio en el Bautismo, muera al hombre viejo y renazca, como niño, a nueva vida por el agua y el Espíritu Santo”.

El sacramento del bautismo se realiza por la triple infusión del agua sobre el bautizado o la triple inmersión, al tiempo que se bautiza en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo”. La bendición del agua, como ya vimos, estaba orientada a este momento de muerte y renacimiento, de nueva vida por el agua y el Espíritu simbolizada por el agua y el rito bautismal. La dinámica misma del rito nos remite a los significados teológicos esbozados, que sintetizamos y ahondamos a continuación, esclareciendo la naturaleza del bautismo como muerte y resurrección con Cristo.

5. EL BAUTISMO: MUERTE Y RESURRECCIÓN CON CRISTO

El bautismo con el que Jesús fue bautizado se continúa en la historia de los que creemos en él, en la participación en la vida y en la muerte del Señor. Quienes acogen la invitación a la fe son introducidos en el proceso y misterio de la pascua del Señor: proceso de muerte y resurrección.

En Rm 6 san Pablo considera a los bautizados en Cristo como bautizados en su muerte para vivir una vida nueva, unidos a él, muriendo como él murió. Se trata de una muerte simbólica. Entrar y sumergirse en las aguas de la muerte es recorrer ritualmente los pasos que llevaron a Jesús del morir al pecado al vivir para Dios. En la inmersión en el agua el creyente sepulta su vieja vida de pecado y recibe el don de la resurrección, la vida nueva.

Quien se deja sepultar con Cristo, quien es con-sepultado y con-muerto con él, quien se identifica bautismalmente con la muerte de Jesús, entra en la existencia de Cristo, muriendo a la misma muerte, muriendo al pecado.

El bautismo se convierte en un paso decisivo en el seguimiento de Jesús a través de la historia. El bautizado representa en su vida la pasión y muerte de Cristo. Cada bautizado debería ser un memorial viviente del Crucificado. La causa por la que Jesús murió debe ser continuamente recordada por la Iglesia, en la lucha contra el mal y la injusticia, perseguida como lo fue Jesús hasta el martirio.

El bautismo simboliza la presencia del mundo de la resurrección en las condiciones del mundo presente. Si estamos unidos a él en una muerte como la suya también lo estaremos en una resurrección semejante, insiste san Pablo a los romanos, porque si hemos muerto con Cristo creemos que también viviremos con él, que vive para Dios (Cfr. Rm 6, 3-10).

En Tito 3, 4-7 se hace un elenco de los efectos del bautismo: nuevo nacimiento, justificación por la gracia, comunicación del Espíritu Santo, derecho a la herencia eterna de la que es prenda y garantía el Espíritu. En 1 Pe 3,4 se dice que somos regenerados por la resurrección de Cristo para una herencia incorruptible. 1 Pe 3, 21 ve la resurrección como la fuente última de la que brota la eficacia del bautismo, prefigurada en el agua que salvó a Noé del diluvio. Aquí aparece el bautismo como verdadera arca de salvación sobre las aguas de la destrucción, antediluvio, dentro del mismo simbolismo del agua.

El bautismo es un momento de recreación, la introducción en un nuevo Génesis, en la luz del nuevo Adán. Por eso el prólogo joanneo conecta con el proemio del Génesis: una nueva creación que recupera y plenifica la amistad original, porque a los que nacieron del agua y del Espíritu “se les concedió ser hijos de Dios” (Jn 1, 12). Resultan altamente significativos los textos de san Juan para entender el simbolismo del agua en relación al bautismo.

El símbolo del agua bautismal no es plenamente tal si no se hace acción simbólica. Los sacramentos no son cosas sino acciones simbólicas que además de evocar realizan. El símbolo es dinámico, provoca relaciones, actúa evocando, suscitando resonancias, provocando una reacción en cadena. De modo que lo sacramental no es simplemente el agua sino el baño, la inmersión o infusión de la misma.

CONCLUSIONES. APLICACIÓN PASTORAL

Hemos recogido sólo un ápice, una apretada síntesis de todos los elementos que entran en juego en el símbolo bautismal, con el agua como materia esencial. No se trataba de desarrollar pormenorizadamente una teología del bautismo, explicando su naturaleza y eficacia, sino de considerar la riqueza poliédrica del símbolo del agua bautismal como expresión del carácter simbólico y sacramental de la liturgia entera, como caso que hemos privilegiado, no excluyente.

Tropezamos cada vez más con la dificultad de que los símbolos hablen por sí mismos al hombre de la civilización postindustrial, de la cultura de la imagen y de la información, que no es avezado para descubrir la información que oculta y sugiere el símbolo. El masivo consumo de imágenes insensibiliza hacia las imágenes primordiales como la del agua que fluye, captando sólo la dimensión estética o funcional, no la icónica-trascendental. Son necesarios ojos contemplativos para descubrir los símbolos de la trascendencia que son los sacramentos, y una iniciación litúrgica de la que carece muchísima gente que solicita el bautismo. ¿Cómo educar este sentido litúrgico en los fieles? Es un reto permanente y con muchas dificultades prácticas.

Habría, en nuestro caso, que estructurar una profunda formación prebautismal y catequética que no descuide el trabajo de la dimensión simbólica de la persona. En el fondo, la complejidad del problema es mayor, al no poder presuponer la experiencia cristiana eclesial esencial para entrar en el misterio que se

celebra, la inserción en el misterio pascual, en Cristo resucitado por la acción del Padre y del Hijo en el Espíritu. Como recogen los prenotandos del Ritual del bautismo de niños: “El bautismo, baño del agua en la palabra de vida, hace a los hombres partícipes de la naturaleza divina e hijos de Dios. En efecto, el bautismo, como lo proclaman las oraciones de bendición del agua, es un “baño de regeneración” por el que nacen hijos de Dios de lo alto. La invocación de la Santísima Trinidad sobre los bautizados hace que los que son marcados con su nombre le sean consagrados y entren en la comunión con el Padre, y el Hijo y el Espíritu Santo (n. 5). Quien no viva por la fe esta honda experiencia espiritual, raíz de vida cristiana, se quedará en el umbral del sacramento sin entrar en su abisal riqueza.

La bendición del agua bautismal expresa a las claras el acontecimiento salvífico que se va a celebrar: “mira, ahora, a tu Iglesia en oración, y abre para ella la fuente del bautismo: que esta agua reciba, por el Espíritu Santo, la gracia del Unigénito, para que el hombre, creado a tu imagen y limpio en el bautismo, muera al hombre viejo y renazca, como niño, a nueva vida por el agua y el Espíritu” (nº 123 del Ritual).

Parece oportuno reservar en los templos un lugar digno y significativo para la pila bautismal, tal como recomienda el Sínodo Diocesano. Esta disposición aparentemente sólo externa recuerda a la comunidad reunida su condición de pueblo de bautizados. Los baptisterios y piscinas bautismales, en este sentido, donde sea posible, cumplen de modo especial esta función, sobre todo en aquellos lugares en los que se sitúan simbólicamente a la entrada de la Iglesia en lugar visible. Permiten la práctica muy aconsejable de la inmersión bautismal, que tiene más fuerza expresiva que la mera infusión del agua. Esta forma de celebrar el bautismo visibiliza mejor el misterio de muerte y resurrección con Cristo, del agua que es tumba y madre.

Conviene, conservando los elementos esenciales, buscar los modos de inculturar expresivamente los ritos⁹, conectando con esas experiencias antropológicas fundantes e imperecederas de la paternidad y filiación. Se hace necesario ayudar a nuestra gente a entrar en el sacramento a través del propio rito, no ya con explicaciones o moniciones desmesuradas, sino a partir de la misma dinámica de lo que se celebra y en la preparación conjunta del mismo sacramento.

En todo caso, se debe evitar que la liturgia –y la bautismal en concreto– se viva como algo extraño, insignificante o abstruso. La liturgia está llamada a ser

9 Vid. STOCK, A., *La bendición del agua en la liturgia romana*, en Concilium 198 (1985).

casa abierta en la que se pueda habitar confortablemente. El creyente se debe encontrar en ella como en su hogar, donde ha recibido la identidad cristiana que testimonia. No muchos creyentes alcanzan esta madurez de fe que les permite renocerse, reconocer a Cristo y a su Iglesia en el espejo, en la casa, en la morada de la liturgia. Pero merece la pena invertir todos los esfuerzos en ello porque el futuro del cristianismo depende en buena medida de recuperar la fuerza de la oración compartida, de la liturgia comunitaria como fuente de identidad y vivencia creyente.

BIBLIOGRAFÍA

- BOROBIO, D., *Celebrar para vivir*. Centro de Pastoral Litúrgica. Ed. Sígueme. Salamanca, 2003.
- IZQUIERDO, César (Dir.), *Diccionario de Teología*, Ed. Eunsa, Pamplona, 2006.
- GARCÍA PAREDES, José Cristo Rey, *Iniciación cristiana y eucaristía*, Ed. San Pablo, Madrid, 1992.
- GRÜN, Anselm, *El bautismo, celebración de la vida*, Ed. San Pablo, Madrid, 2006.
- LARRABE, J.L., *Bautismo y comunidad cristiana, catequesis bíblicas y patrísticas*, Madrid, 1982.
- MARDONES, José María, *La vida del símbolo*, Ed. ST, Santander, 2003.
- MARTÍN VELASCO, Juan, *La liturgia en el mundo de hoy*. Cuadernos Phase, nº 51.
- MATEOS, Juan y BARRETO, Juan, *El evangelio de Juan*, Cristiandad.
- SALAS, Antonio, *El evangelio de Juan*, Ed Paulinas.
- STOCK, A., *La bendición del agua en la liturgia romana*, en *Concilium* 198 (1985).
- VVAA, *Diccionario Teológico Interdisciplinar*, Tomo IV, Verdad e Imagen, 1983.
- RITUAL DEL BAUTISMO DE NIÑOS.
- RITUAL DE INICIACIÓN CRISTIANA DE ADULTOS.
- CATECISMO DE LA IGLESIA CATÓLICA.